

Esperando a Superman

Publicado por [Miguel Ángel Santos Guerra](#)

| 7 Enero, 2012

No sé si el lector o lectora que ahora se está asomando a este artículo ha visto la película americana “Waiting for Superman”. Por si no es así, les diré que se trata de un documental estrenado en 2010 y filmado por el director Davis Guggenheim, cineasta ganador del Oscar por la película “Una verdad convincente”, documental sobre el calentamiento del planeta.



Se trata de una controvertida película que pone en solfa la enseñanza pública americana

La película, ganadora del Audience Award en el Festival de Sundance, fue financiada entre otros por Bill Gates, que interviene en el film. El guión fue escrito por el mismo director junto a Billy Kimball. Los rostros de los niños y de los familiares, algunos sórdidos escenarios y la música ad hoc confieren a la película un tono melodramático.

El título, a mi juicio, es muy certero. Es preciso y a la vez ambiguo. Por una parte presenta la idea de que Superman es un héroe de ficción (del que nada se puede esperar) y por otra entiende que hay que confiar en que Superman (un sistema educativo excelente con profesores de auténtica profesionalidad) nos salve de los desastres.

Se trata de una controvertida película que pone en solfa la enseñanza pública americana, la actuación del Sindicato y el trabajo de los profesores, a quienes atribuye una buena parte del fracaso de la educación. En su criterio, los maestros, protegidos por el Sindicato, pueden desempeñar pésimamente su trabajo sin tener la más mínima repercusión.

Propone la privatización de la enseñanza y el incremento de las escuelas charter (subvencionadas y gestionadas de forma privada) como posible solución a la crisis educativa. El sistema de lotería que se utiliza para la aceptación de los alumnos y alumnas en esas escuelas ocupa muchos minutos de la película y la cámara va presentando los rostros cargados de tristeza y decepción de los familiares y los alumnos y alumnas que no son agraciados con ese premio y la cara de enorme alegría de quienes tienen “la suerte” de que les favorezca la fortuna. Es decir, que si escapan de una escuela pública, parecen estar salvados.

El documental presenta la historia de cinco escolares (Anthony, Francisco, Daisy, Bianca y Emily) y nos ofrece sus experiencias y opiniones y las de sus familiares más cercanos. Todos esos alumnos se niegan a ingresar en las escuelas del sistema público a las que califican de fábricas de deserción y pretenden obtener uno de los puestos codiciados en la privada.

La película ofrece un abigarrado tapiz de opiniones y experiencias. Intervienen en ella políticos, expertos en educación, profesores, directores, familiares y, como he dicho, los propios niños y niñas.

El mérito de la película es poner el dedo en la llaga y llamar al compromiso de todos (políticos, familias, profesores, ciudadanos en general) para solucionar el problema de un sistema educativo que deja en la estacada a millones de estudiantes.

Comparto con el director algunas ideas, pero discrepo de la tesis fundamental que, a mi juicio, plantea la película. ¿Qué comparto? Básicamente estas cinco ideas:

Que la educación es fundamental en el desarrollo de los individuos y de las sociedades. En la película se califica a la educación de tesoro nacional. “Cada mañana, se dice en ella, queremos creer en nuestras escuelas. Damos un salto de fe”.

Que los profesores son la base de la calidad de la enseñanza. “No hay una buena escuela si no hay buenos profesores”.

Que cada niño o niña nos deben importar. “¿Qué tal si nunca dejamos atrás a un niño?”, se pregunta. Es fundamental, a mi juicio, esa “devoción total por la vida de un niño”.

Que los niños y niñas de los barrios más pobres pueden aprender. La película da la vuelta al asentado presupuesto de que los barrios fracasados producen escuelas fracasadas para decir que pudiera suceder que las escuelas fracasadas den lugar a barrios fracasados.

¿En qué discrepo? En la idea de que la solución es privatizar la enseñanza y convertirla en el coto de los afortunados que tienen dinero para pagarla o la fortuna de ser privilegiados en un sorteo que salva o condena. Creo que la solución es crear un sistema público de enseñanza para todos y para todas que tenga excelentes docentes y, por consiguiente, alta calidad. Para ello habrá que seleccionarlos bien (las personas más competentes de cada país deberían dedicarse a la educación), formarlos con rigor y darles las condiciones para que puedan hacer su trabajo dignamente. Esa es la clave para mí.

También comparto esta idea con Guggenheim: no puede dar igual ser un buen profesor que un mal profesor. El funcionario no puede convertirse en una patente de corso. No hay derecho a que alguien diga “a mí me pagan aunque ustedes no aprendan”. No se puede hacer la vista gorda ante incumplimientos que van desde la impuntualidad a los abusos. En la película se ofrecen algunos datos inquietantes. Entre médicos se produce una sustitución por cada 57 actuaciones de profesionales competentes. En la abogacía una por cada 97 y entre profesores una por cada 1250. Si son ciertos los datos es difícil explicar la diferencia solo por la suposición de que los profesores somos mucho mejores.

En la parte final de la película se dice que el problema es complejo, pero que los pasos son sencillos. Y los enumera: profesores que sean los mejores, líderes dispuestos a derribar las barreras para cambiar, vecinos comprometidos con la escuela, tu voluntad de actuar.

Ojalá exista por parte de todos y de todas ese compromiso compartido por mejorar la educación y por no dejar fuera a nadie, especialmente si es pobre.